

ENSEÑAR COMO LECTORAS: LITERATURAS POLIFÓNICAS PARA NARRATIVAS HETEROGRÁFICAS

Natalia Pais Álvarez*
Universidad de La Laguna (ULL)

RESUMEN

Los estudios de género suponen un aporte incontestable a la pedagogía y a la innovación. Innovación enfocada al plano epistemológico. Al respecto, se define gradualmente el sentido conferido al concepto innovación. Innovar es retomar, con voluntad transformadora, lo mejor del legado y desestimar lo caduco, es dar y legitimar las voces de las silenciadas de la historia y darles la posibilidad de reescribir las ausencias; también innovar exige visibilizar y viralizar la realidad, validar propuestas pedagógicas que tengan como eje motriz la lucha por las dignidades, que no den la espalda a la crisis climática y ecológica. A este respecto es fundamental analizar el vínculo entre pedagogía y literatura, disciplinas que convergen en su dimensión política a partir de un enfoque ecocrítico y ginocrítico del legado escriturario y de las nuevas textualizaciones, capaz de generar un coro polifónico que pueda transgredir los límites impuestos por un canon eminentemente masculino.

PALABRAS CLAVE: canon, heteroglosia, innovación, ginocrítica, ecocrítica.

TEACHING AS READERS: POLYPHONIC LITERATURES FOR HETEROGRAPHIC NARRATIVES

ABSTRACT

Gender studies are an indisputable contribution to pedagogy and epistemology-oriented innovation. In this regard, the meaning conferred to the concept of innovation is gradually defined. To innovate is to retake, with a transforming will, the best of the legacy and to dismiss the outdated, it is to give and legitimize the voices of those silenced by history and give them the possibility to rewrite the forgotten; also to innovate demands to make visible and viralize reality, to validate pedagogical proposals that have as a driving force the struggle for dignities, that do not turn their backs on the climate and ecological crisis. In this regard, it is essential to analyze the link between Pedagogy and Literature, disciplines that converge in their political dimension from an ecocritical and gynocritical approach to the written legacy and new textualizations, capable of generating a polyphonic chorus that can transgress the limits imposed by a predominantly male canon.

KEYWORDS: Canon, heteroglossia, innovation, gynocriticism, ecocriticism.

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.clepsydra.2023.25.03>

REVISTA CLEPSYDRA, 25; noviembre 2023, pp. 31-50; ISSN: e-2530-8424

[Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional \(CC BY-NC-ND\)](#)



Este artículo pretende mostrar el valor pedagógico de los estudios de género en la búsqueda de una ampliación de los horizontes discursivos en torno a la literatura. Tal propósito requiere una disertación político-pedagógica que redefina el mapa literario y sus coordenadas de análisis como propedéutica para un revisionismo didáctico.

La bibliografía al respecto es, si bien reciente, cada vez más abundante; así, el marco teórico parte de fuentes que van desde la historiografía de los estudios de la mujer, el legado de las grandes teóricas del feminismo, ensayos clásicos de autoría femenina y estudios de bioética y literatura con enfoque de género. La literatura y la pedagogía tienen en común estar atravesadas por una dimensión política sin cuyo análisis no cabe una auténtica transformación. Innovar supone volver al origen del estado de una cuestión para resignificarla. Cómo abordar los estudios literarios, así como los propios textos, forma parte de ese proyecto de mejora. La reflexión sobre el contexto de la recepción resulta asimismo sustancial, especialmente porque la idea de disponer de libertad en la selección literaria resulta seductora, pero tras ella cabe esperar que se abra el abismo a una serie de contingencias e incertidumbres por parte de quienes leen.

La voluntad de innovar supone un deseo de ‘transformación’, de ‘mudanza’, de ‘cambio’ —no se traduce como *creatio ex nihilo*—. Cualquier proyecto innovador se focaliza en la consumación de cambios tecnológicos y de conocimiento, centrados en propuestas de acción vinculadas con las personas (comunidad), los procesos (metodologías), las tecnologías (medios) y el conocimiento (contenidos). La tendencia didáctica aspira a transformar el contenido en procedimiento, y si bien esta opción es válida, es, así mismo, insuficiente. Evitar el vaciado de todo un cuerpo de conocimiento con base en una epistemología crítica es tan esencial como necesario. La tendencia viene marcada también por procesos que ponen el acento en las metodologías y la organización educativa (ludificación, aulas invertidas, aprendizaje colaborativo, realidades virtual y aumentada, aprendizaje por proyectos y problemas, formación del profesorado, gestión de centros, etc.). La función de los (pro)curadores de contenido ante el avance de un dataísmo acrítico y pseudoobjetivo (instalado como modelo preventivo ante una alarmante —léase la ironía— posibilidad de adoctrinamiento) supone un reto pedagógico de nuestro tiempo porque, si bien el adoctrinamiento en su sentido peyorativo requiere vigilancia, no resulta menos peligrosa una desvinculación con la dimensión de lo político.

0. ANAMNESIS Y ESCRITURA: LA RESTAURACIÓN DEL CUERPO

Morirá, y de ti no habrá memoria
ni encontrarás posteridad:

* ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7158-7641>. E-mail: npaialv@gobiernodecanarias.org.

pues no tendrás parte en las rosas de Pieria
sino que, olvidada incluso en el Hades,
deambularás entre los muertos
como una sombra (Safo de Mitilene, *Las rosas de Pieria*, 93).

El lamento de Safo, abanderada inaugural de la autoría femenina, anunciaba la desmemoria que teñiría la historia de olvidos. El trabajo de rescate y restauración del papel de la mujer en la literatura es labor todavía en proceso. Este trabajo de restauración sugiere trascender la práctica museística que coloca la obra de la mujer en las galerías biográficas y bibliográficas del tiempo (paneles, ponencias, charlas). Tal construcción sería únicamente patrimonial, pero insuficiente para la continuidad en el entramado literario en igualdad de condiciones. La aprehensión reclama un proceso lectoescritor y generador de testimonios vivos al encuentro con lo tergiversado, obviado o manipulado. La metáfora de las rosas de Pieria no ha de reflejar únicamente la noción de posteridad, esto es, de posibilidad presencial en el incierto futuro. El desafío es el de ingeniar posibilidades de inmanencia en la construcción del inminente legado, es decir, hacer presente, ocupar, el espacio escriturario. La inclusión fáctica de las mujeres es fruto del reclamo histórico, pero también de las inagotables posibilidades de la textualización en sí y de su potencia creadora de un tejido social común que repare las miserias diacrónicas. En el propio origen de la textualidad, tal y como lo concibe Legrás, está inscrita la infinitud de la subjetivación, que es, asimismo, cualidad inherente del hecho literario:

La palabra *texto* proviene del participio latino *texere* que significa tejido y ha sido usada con esta acepción por cerca de 2000 años. Esta imagen gráfica del texto como tejido captura mejor que cualquier argumento el problema y la promesa que la noción de texto trae al análisis socio-cultural: la imagen de una continuidad ilimitada, porosa y sin fronteras, en la que distintos discursos traspasan formas e instituciones sin someterse a sus leyes, sino que sigan, más bien, una lógica que les es propia. Vivimos siempre en una intersección de ese tejido. La forma en que sus hilos se anudan sobrepasa la capacidad subjetiva de capturar sus leyes en una coyuntura que siempre, a fuerza de subjetiva e histórica, tiene tan sólo una visión parcial del entramado (271).

La literatura sobre las silenciadas o encriptadas bajo pseudónimo da cuenta de los olvidos «construidos» (Pérez Cantó 195) que conviven con toda una historia de la misoginia. La arquitectura del olvido es la de una necrópolis de cultura prenatal, de posibilidades extintas o castigadas a permanecer en los desvanes de la historia. Ante la inverosímil disyuntiva entre si las mujeres han sido ágrafas o han estado simplemente ocultas, abunda una nutrida bibliografía. El debate originario en la teoría política se situará en las raíces en torno al proyecto moderno de construcción de ciudadanía, del que quedaron excluidas las mujeres, y que marca un comienzo letrado, fuera de las fronteras domésticas, de la lucha por la igualdad. La exclusión de la *L'Encyclopédie* supuso una negación al acceso de la cultura, de la vida pública, y en última instancia, una deslegitimación de cualquier aspiración al poder. El binomio saber-poder se constituyó a partir de este (in-)pacto excluyente, denigrante e



invalidante. La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (1789) obtuvo respuesta femínea en 1791, como da cuenta el artículo II de la Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana, que le costaría su cabeza a Olympe de Gouges: «El objetivo de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e inalienables de la mujer y del hombre; estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y, sobre todo, la resistencia a la opresión».

Así, la historia de las mujeres es la de las mil y una sumisiones e insumisiones ante los límites y tabúes impuestos, una andamiada de reconfiguraciones discursivas desde los márgenes de la literatura, de los temas y símbolos que definen la escritura femenina. Es evidente también que este tránsito no está exento de discusión acerca de si hay o no una auténtica escritura femenina y/o feminista.

Desde la Declaración de Seneca Falls (1848), que supuso la gran proclama moderna en la búsqueda de un lugar extramuros por parte de las mujeres, y después, tras la simbólica conquista del voto por parte de la Primera Ola feminista, hasta la liberación de la opresión del obligado yugo del espacio doméstico y la apertura hacia el activismo como cuerpo social que supone la Segunda, aún está pendiente una auténtica polifonía de la decolonización.

La innovación educativa en su dimensión epistemológica tiene por delante una tarea de restauración y consolidación tanto imaginario-simbólica como táctico-pragmática de igualdad *de facto*. Para ello la crítica propone salir del lenguaje. Susan Sellers se preguntaba en un artículo titulado «Learning to read the feminine»: «why do we read? What do we read for?» (Wilcox 190) (¿por qué leemos y para qué?), preguntas elementales para dotar de sentido pedagógico a la literatura. La automatización de temarios o de criterios evaluadores enajena muchas veces las preguntas fundamentales y aleja a los participantes del acto educativo de su sentido primigenio y fundamental: educar en dignidad y para la dignidad y leer con tal fin.

The question of how we read includes the question of what we read, and Hélène Cixous seminar in *Etudes Fémines* has worked on texts in a number of languages, by a range of writers, from many different periods and genres. The criterion for choosing texts has not been, as is so often the case, because they embody a specific historical period or exemplify a particular genre –or even because they are written by one sex rather than the other– but because they address the issues and experiences that confront us as human beings, and which it is the particular province of literature to explore¹ (Wilcox 192-193).

¹ El asunto de cómo leemos incluye la cuestión acerca de qué leemos, y el seminario de Hélène Cixous en *Etudes Fémines* ha indagado sobre textos en varias lenguas, de diversos escritores, de muchas épocas y géneros diferentes. El criterio para elegir los textos no ha sido, como suele ser el caso, que encarnen un periodo histórico específico o que ejemplifiquen un género concreto –o incluso que estén escritos por un sexo en lugar de por el otro–, sino que aborden las cuestiones y experiencias a las que nos enfrentamos como seres humanos, y que la literatura se encarga de explorar. Traducción propia.



Esta cuestión se traza bajo la premisa de la necesidad de constitución de conciencias alertas permanentemente ante la posibilidad de nuevas amnesias programadas o de la continuidad de una hegemonía literaria androcéntrica aún instalada, pese a las incontestables y valiosas conquistas –tarea en sí fundamental–. La labor de restauración enfocada a la mostración museística del legado es insuficiente y va mucho más allá de la historiografía, como da cuenta el criticismo literario de finales del siglo xx. Para el análisis de la conjunción entre literatura y feminismo, Fariña Busto destaca tres ángulos fundamentales que, por extensión, podríamos adoptar para una propuesta político-pedagógica: «atendiendo a su relación con las diversas instituciones literarias [...] atendiendo a los modos críticos sobre los textos [...] y atendiendo a los propios textos y a sus artífices [...]» (10).

Harold Bloom, en *Ensayistas y profetas*, refiere entre los canónicos a Montaigne, Pascal, John Dryden, Samuel Johnson, Rousseau, James Boswell, William Hazlitt, Thomas Carlyle, Ralph Waldo, Emerson, Kierkegaard, Thoreau, Ruskin, Walter Pater, Nietzsche, Freud, Du Bois, Huxley, Scholem, Sartre y Camus; también la Biblia. Todos ellos dan título a los apartados de un índice en el que no menciona a una sola mujer como representante del canon del ensayo. En el índice de su *Anatomía de la influencia* es más benevolente y refiere a Mary Shelley y a Browning y alude ya, en el cuerpo del extenso ensayo, a numerosas críticas, ensayistas, escritoras y personajes².

Cuando las mujeres reclaman públicamente los olvidos, el contraargumentario mediático contra el feminismo pone el acento en dos palabras con evidente vocación de amordazar: victimismo y envidia, argumentos *ad feminam*. El feminismo, como sugiere De Miguel, «continúa moviéndose entre el desconocimiento y la descalificación» (13). Toda propuesta de restauración histórica de la memoria con tintes feministas que se visibiliza en redes sociales es denostada y acusada de participar de una posición victimaria e irracional, así como toda crítica a la cosificación de las mujeres es reprobada bajo el veredicto de la envidia. Así resulta poco probable repensar y recuperar el cuerpo. La historia de los olvidos estuvo inscrita en los silencios rescatados por la crítica feminista. En 1981 veía la luz «La crítica feminista en el desierto» (“Feminist criticism in the Wilderness”), publicado en la revista *Critical Inquiry*, en el que Elaine Showalter aludía al sentimiento de vacío que sentían las pioneras de una teoría crítica literaria en ciernes y que ya entonces apuntaba a dos polos; una modalidad ideológica que dedica su trabajo a revitalizar el encuentro con la literatura de las mujeres como lectoras. Por un lado, la lectura

² Hannah Arendt, Jean Austen, Elizabeth Bishop, Catherina Blake, Fanny Brawne, Elizabeth Barrett Browning, Amy Clampitt, Rosalie Colie, Eleanor Cook, Peggy Bird Cowley, Grace Edna (Hart) Crane, Emily Dickinson, Eva, Anna Freud, Jean Garrique, Maud Gonne, Jorie Graham, Anne Hathaway, Vicki Hearn, Linda Hudcheon, Emilia Bassano Lanier, Marianne Moore, Thylyas Moss, Lucy Negro, Edna O'Brian, Iris Origo, Cornelia pearsall, Mary Reynolds, Julieta, Muriel Rukeyser, Safo, Grace Schulman, Martha Serpas, Gertrude Stein, May Swenson, Ann Todd, Crésida, Helen Vendler, Rosanna Warren, Edith Wharton, Susan Wheller, Jane Williams, Virginia Wolf, Frances Wright, Eleanor Wylie y Frances Yates.

o crítica feminista ofrece un legado de interpretaciones de los estereotipos, atribuciones, falacias e imágenes de la mujer en la literatura; y por otro, una crítica que da cuenta de la escritura femenina. Esta segunda tipología buscaba crear un corpus crítico especializado sobre la definición de lo femenino dando lugar a lo que Showalter denominaría «ginocrítica», concepto a partir del cual se generará un debate aún vigente acerca de qué y cómo se constituye el cosmos literario de las mujeres. De acuerdo con esta autora, el concepto de *écriture féminine* pone a discutir a las feministas francesas y norteamericanas en torno a si el valor de lo femenino radica en la diferencia o en la expresión. Surgen, tal y como señala Showalter, «cuatro modelos de la diferencia: biológico, lingüístico, psicoanalítico y cultural» (Fe 85). La crítica orgánica fijaba una relación entre el cuerpo y la textualidad inspirada en metáforas de maternidad literarias, muchas veces crisol de imágenes contra el falocentrismo, que a la postre fue tildado de esencialismo. Showalter insta a buscar esa diferencia en la práctica literaria femenina, siguiendo a Nancy K. Miller, «en el cuerpo de su escritura y no en la escritura de su cuerpo» (Fe 89).

La escritura de su cuerpo no es ajena, sin embargo, al cuerpo de lo que la mujer escribe. La presencia de la relación con el cuerpo en la literatura ha podido suponer una diferencia. Teresa de Lauretis, en *Alicia ya no*, refiere un relato con el que invita a pensar la relación entre política y naturaleza, muestra textual, como hay otras, cuya pragmática es meramente simbólica, pero no por ello desestimable. La narración deja entrever una moral de la deslealtad y el credo en el autoritarismo ajeno a los principios que habrían de sustentar las democracias y que, al contrario, engendra una mirada que pone en la naturaleza de los seres la ambición, lo que dice mucho de lo que la posibilidad escrituraria sobre el cuerpo propio y el pleno dominio de este podría haber supuesto para el avance político de las mujeres:

Otro relato cuenta cómo la joven reina [se enamora de] un joven y apuesto cazador, Chibinda... Él se casa con ella y, entonces, recibe de ella el *lukanu* —ella ha de recluirse a causa de la menstruación, y le da a Chibinda el brazalete para que no resulte mancillado— con lo que se convierte en el gobernante del pueblo lunda. Los turbulentos hermanos de Lweji le niegan su reconocimiento y conducen lejos a su pueblo para labrarse nuevos reinos para sí y, como consecuencia, fragmentar la centralización política en un conjunto de sociedades sin estado (Lauretis 202).

Lo que Lauretis se pregunta es «¿qué hacemos con una reina que tiene la menstruación sólo en el momento del matrimonio?» (202). Con esta cuestión retórica pretende acentuar los vacíos discursivos de las historias de mujeres (no contada por mujeres). Es evidente que la relación con el cuerpo puede ser ofrecida desde una mirada masculina como, por ejemplo, hace Cortázar cuando pone en boca de la Maga cómo fue violada, en Montevideo, siendo apenas una adolescente; pero es una narrativa que coloca a la violación en el limbo del érase una vez agua pasada. Se narra el trauma, pero no las emociones. Las posibilidades temáticas al respecto son numerosas y la literatura constituye un espacio de disertación fundamental ante temas que, sin ser tabúes, no son académicamente cotidianos y que permiten a las mujeres compartir la indefensión histórica y actual, bien a través de la historiogra-

fia, bien de las historias. El maltrato, el abuso o la violación constituyen materia de política del cuerpo en la que lo colectivo es personal: en cierto modo, para eso se lee. Tal y como planteaba I. Murdoch («The Sovereignty of Good over Other Concepts»), «no usamos nuestra imaginación para huir del mundo, sino para llegar a él. Esto nos aleja, por la distancia que existe entre nuestra conciencia ordinaria, apagada, y la aprehensión de lo real» (López 225).

Cuando Nawal El Saadawi narra el testimonio prestado de Firdaus en *Mujer en punto cero*, adopta la voz del rencor de las mujeres, ejercicio ventrílocuo que con las manos rompe las cadenas del desasosiego. La distopía de Margaret Atwood, *El cuento de la criada*, reabre el debate acerca de los límites del estado que, en el caso de la República de Gilead, no solo muestra aquiescencia con la violación consentida y en masa, sino que forma parte de un proyecto nacional de control de la natalidad (subrogada). Los estados también han otorgado legitimidades *ad hoc* en tiempos de excepción, como los tiempos de guerra. Violaciones en tiempos de guerra con la misma legitimidad con que las visitadoras de Pantaleón, de Vargas Llosa, apelaban a oficializar el abuso consentido de sus cuerpos en nombre de las necesidades fisiológicas de los soldados, con el agravante, en esta ficción, de que corrían tiempos de paz.

Una aproximación a la historia de la denostación de las mujeres, a través de la lectura de Robert Archer, nos brinda numerosos testimonios misóginos, entre los que destacaríamos los de Jaume Roig, quien, en «El espejo», bestializa el cuerpo de las mujeres llegando a afirmar que «el hombre puede domar a todo menos a la mujer», a quien atribuye poderes exterminadores fantásticos o sobrenaturales que en realidad encierran el miedo a su potencia política: «las mujeres son culpables de las caídas de las ciudades» (255). Hablará de las malas madres y de la regla y sus «efectos venenosos» (263). No menos distorsionados son los juicios despreciativos en torno a los «abortos y preñeces», con un léxico valorativo, símiles e hipérboles que evidencian una manifiesta ignorancia acerca de la relación entre las mujeres y sus cuerpos, una mirada demoníaca, moralista, sensacionalista, racista, misógina y espeluznante:

Caminando como locas y dando tropiezos, y con el abuso de servirse de la llave (cosa que bien les place), a menudo malparen. Si no les agrada manifestar lo que en sí llevan, las tan vergonzosas como rabiosas, a fin de poder abortar en secreto, bien que, con crueldad, piden médicos, a los que engañan enseñándoles orines de otra vecina; asienten a todos los males con el fin de que les den purgas o les hagan sangrías que las descarguen; aplícanse emplastos y hacen otras mil atrocidades, como es tender el arco de una ballesta, al objeto de malparir. Una monja profesa, orgullosa, preñada y con gran deseo de abortar, dio corto el paso, pues tomando cierta pócima de una botica mal provista y equivocando la medida se envenenó, con lo cual murió de repente sin decir Jesús. (No digamos más, que Dios no lo permite). La mujer morisca, si está embarazada, de uno o de más de uno, a los siete, ocho o nueve meses, o diez y hasta once si no le siente moverse (y aun, si me has de creer, catorce meses o más), se arriesga a estar encinta, alegando la zuna y la xara, durante siete años sin la compañía de su marido. Si le llega a ver de regreso, le jurará que la criatura es de él, y que ha estado durmiendo dentro, puesto que hasta se la ha sentido. ¡Buena cosa para creída! (260).



Pere Torrodella, en «Las coplas de las calidades de las donas», título cosificador *per se*, inaugura la tradición de la misoginia como tema literario (Archer 267). Si esto se ha podido considerar «literatura masculina», es legítima una refutación colectiva que reclame un espacio público de discusión acerca de una literatura femenina. No obstante, la ginocrítica es mucho más que una respuesta a una tradición misógina. El debate acerca de si existe una teoría y unas prácticas textuales propiamente femeninas, un uso lingüístico diferente, que pueda explicarse bien en clave orgánica, bien en clave cultural o de género, es uno de los debates por excelencia de la ginocrítica, que parte de una línea común que apunta a la búsqueda de una revolución lingüística que primero libere a las mujeres del «lenguaje del opresor», como sugiere Adrienne Rich (Fe 90), y que finalmente las exhorte «a inventar un lenguaje que no sea opresor, un lenguaje que no deje sin habla sino que suelte la lengua», como reclamaba Annie Leclerc (Fe 91). Subrayar esa diferencia no contribuye, por otra parte, a salir del dualismo del otro / la otra, pero son paradojas contingentes que no han de paralizar los estudios de género.

La crítica ha abordado la lucha contra la represión psíquica condicionada o definida por todo un cuerpo simbólico de códigos semióticos claramente vinculados con la anatomía, origen del falocentrismo dominante (falo como presencia, vagina como ausencia) que las críticas feministas (Annis Pratt, Bárbara Rigney, Anne Douglas, entre otras) han ido desviando del psicoanálisis freudiano y del reduccionismo edípico, perfilando otras tendencias alternativas para el estudio de la psique que, sin alejarlas del padre, incorporan a la madre. La diferencia cultural ha servido para cuestionar la posibilidad de alternativas literarias al margen de los códigos discursivos hegemónicos heredados del patriarcado que puedan engendrar otras prácticas comunitarias: buscar el espacio femenino, la zona desierta donde el universo simbólico de la diferencia (no excluyente) sea posible. No obstante, Showalter es consciente de que esa búsqueda del desierto ha servido para generar expresiones radicales escritas desde principios matriarcales (Margaret Atwood, Elizabeth Gaskell, Charlotte Perkins Gilman o Joana Russ, entre otras), pero también de que «no existe escritura ni crítica totalmente fuera de la estructura dominante» (105) ni que pueda escapar a los imperativos del mercado, ni que parezca un propósito viable.

el concepto de un texto femenino en la zona desierta resulta una abstracción divertida: en la realidad que debemos examinar como críticas, la escritura femenina es un «discurso a dos voces» que siempre encarna las herencias sociales, literarias, culturales tanto de los silenciados como de los dominantes (Fe 105-106).

Junto a esa represión psíquica aparece la historia viva del maltrato físico. Entre las nuevas formas de discriminación está la diferenciación entre las que Lonzi referirá como mujeres vaginales frente a las mujeres clitorianas, distinción inspirada en el derecho al placer de la carne más allá del imperativo reproductor. Refiere, en su obra *Escupamos sobre Hegel*, cantos rituales vinculados con las jóvenes Manja durante la ablación del clitoris. Estas prácticas de mutilación y alteración de la anatomía (con variantes como la *sunna*, la cliteroctomía, la excisión, la infibulación, la defibulación, la refibulación o los cortes gishiri) condenan a las mujeres no solo a



una sexualidad miserable de la que la literatura comienza a dar cuenta (*La flor del desierto*, novela autobiográfica de la somalí Waris Dirie; *Indomable. De la mutilación a la vida*, de Fátima Djarra Sani; *El fruto del baobab*, de Maite Carranza, entre otras), sino a una conciencia de certeza de ser-para-ser-menguada, de nacer para ser dominada, maltratada, gobernada. El «Canto de iniciación de las viejas que practican la escisión del clítoris en África» dice así:

Antes fuimos camaradas,
pero ahora les doy órdenes
porque soy un varón ven
y en mi mano está el cuchillo y
las opero.

Su clítoris, tan celosamente guardado,
se lo arrancaré y tiraré por tierra,
porque hoy soy un varón.
Mi corazón es de piedra:
¿cómo podría, si no, operarlas?
Luego les curarán la herida.
y yo sabré muchas cosas:
sabré quiénes se cuidan,
y quiénes se descuidan.

No hablen de tal modo, hermanas, que mi corazón tiembla.
Mi terror es grande.
¡Ojalá me convirtiese en pájaro!
¡Cuán presto huiría volando! (Lonzi 65-66).

La simbiosis cuerpo-mujer varía y deja en evidencia que no toda cultura se construye en clave de ciudadanía. La ginocrítica reclama así una relectura del relativismo cultural cuando este amenace los principios fundamentales del ser humano. También lo que podría denominarse derecho a la subjetivación (amalgama crítica de las reflexiones biológica, lingüística, psíquica y cultural), así como a forjar una relación dialéctica con la realidad que cuestione, proponga y participe de una comunidad en la que las mujeres dejen de ser piezas de escaparate o, en el peor de los casos, objeto de mutilación, violación o de asesinato doméstico. El reto pedagógico radica, pues, en poner en el centro del análisis literario la realidad y no solo los fragmentos seleccionados del entorno inmediato. En estos términos, innovar es seleccionar lo que se lee y ampliar las perspectivas.

El peso y valor de la escritura es evidente, pero si no contribuye a prácticas sociales y comunitarias transformadoras, es insuficiente. Similar análisis cabe para la ginocrítica en caso de no atravesar las fronteras de la teoría y la academia. La cuestión no ha de limitarse a la escritura, que desde sus orígenes se podría considerar una tecnología. Es mucho más fácil participar de la técnica que adentrarse críticamente en el universo simbólico de la literatura. Dicho de otro modo, todo puede escribirse, pero no todo lo que se escribe cumple una función político-pedagógica. La escritura en tanto tecnología es susceptible de manipulación: lo que ha



prevalecido ha sido el resultado de la hegemonía del patriarcado. Tal destino podría ser el de las nuevas escrituras multimodales en caso de desproveerlas del enfoque de género. La incursión literaria de las mujeres no se ha limitado históricamente a la imposibilidad de escribir. Lo que no está en la potencia simbólica es muy difícil que se concrete ya no solo como habilidad técnica, sino como voluntad de contar, de qué contar, de cómo contar. Y si, como plantea Pérez Cortés, el legado preocupaba a los «filósofos», cabe imaginar las limitaciones de las filósofas.

Para los filósofos antiguos, la escritura era un importante medio de expresión, pero no dejaba de plantear ciertas interrogantes. La decisión de escribir involucraba la concepción que tenían de su propia actividad filosófica y, en consecuencia, ponía a consideración el tipo de legado, oral o escrito, que habrían de dejar (Pérez Cortés 21).

La ginocrítica apunta, pues, a librar la batalla del lugar de la mujer en los libros más allá del dominio de la tecnología, siendo por ello una cuestión política: mujer y significación. Pérez Cortés sintetiza la preeminencia del lenguaje y de la oralidad sobre la escritura y subraya en qué sentido la escritura podría considerarse una tecnología que sirve para alargar la vida de la memoria:

... Cuando los seres humanos decidieron representar esos mensajes verbales mediante signos visibles, se inició un proceso que, al cabo de milenios y de numerosos intentos, los condujo a las escrituras fonográficas, es decir, aquellas que asocian un sonido lingüístico con un signo escrito. La conclusión de este proceso es la invención del alfabeto griego. Durante el trayecto se crearon sistemas de comunicación mediante símbolos, iconos, señales, dibujos o pictografías que resultaron de gran utilidad, pero al final quedó claro que el principio esencial de la escritura es lograr la mayor fidelidad posible en la reproducción de lo efectivamente pronunciado por el hablante. Entre el lenguaje y la escritura hay una relación de precedencia histórica porque el lenguaje es una facultad humana, mientras que la escritura es una tecnología, y también hay una relación de dependencia porque las escrituras más eficaces son aquellas que logran reproducir el flujo sonoro de la palabra mediante signos visibles (Pérez Cortés 23).

La pedagogía crítica no ha de conformarse con una didáctica de la tecnología, con el manejo de la herramienta, con la destreza computacional, siquiera con el dominio de los planos de la lengua si estos se desarrollan al margen de un enfoque de género. El objeto es reconfigurar y ampliar los cercos que impiden salir a las oprimidas del lenguaje dominante, pero escapar, al mismo tiempo, del riesgo de exclusión de alfabetización digital. Existe, además, el riesgo de que se imponga el código de pensamiento único. No se persigue una revolución con vocación utópica, sino una deconstrucción paulatina y pragmática. El ejercicio deconstrutivo parte de algunas cuestiones fundamentales: si la escritura precisa lectura, la escritura crítica requiere lecturas críticas. La ludificación como medio no siempre es compatible con el *agón*, necesario para una respuesta a las derivas neomisóginas. En el horizonte de las expectativas de innovación se sugiere una actitud frente a la lectura que asuma las asimetrías léxicas como parte de un todo. Una suerte de desobediencia lectora



que, sin despreciar a los clásicos, sea capaz de cuestionarlos y reescribirlos, así como de repensar y redefinir los cánones, géneros y autorías literarias.

Briones plantea que «la literatura es una práctica discursiva que no solo reproduce, sino que produce ideología de varias maneras» (26). Tal construcción, al amparo del patriarcado, ha sido sexista, consolidadora de los mitos y cánones de la cultura dominante y excluyente, por lo que la teoría crítica la cuestiona. La crítica feminista no se conforma, como plantea la autora, con la simple inclusión de las mujeres escritoras como apéndices. De este modo, «no es solo que se sustituya lo silenciado: la lectura de las mujeres escritoras altera necesariamente los estándares sobre la valía literaria, obliga a la redefinición de los periodos literarios y rehace el canon» (27). Deconstruir es reescribir y buena parte de la crítica literaria feminista se nutre del legado derridiano.

Al considerar cuestiones epistemológicas, la «objetividad» y la «subjektividad», al considerar el propio lenguaje, la crítica feminista debe prestar atención a las implicaciones radicales de la lingüística postsaussureana que, al poner en evidencia al lenguaje como sistema signifiante, cuestiona implícitamente la «metafísica de la presencia» que ha dominado toda la filosofía occidental; la crítica posestructuralista, además, al liberar a los textos de la (autoritaria) presencia autorial, los liberó también de las constricciones de una lectura única y unívoca, haciéndolos accesible para la producción de lecturas y de significados, haciéndolos plurales, contradictorios y fluidos, móviles y capaces de cambio; haciéndolos, en definitiva, no entidades fijadas sino en proceso (Briones 31).

En este sentido, la deconstrucción es dinámica, agónica y desafiante. Implica una revisión, una entelequia de los *noemata* en la que lo heterográfico de la escritura sea «esa inscripción funeraria del yo que deconstruye los contrarios y favorece interdependencias y contagios» (Caro 337). A modo de una polifonía heteroglósica bajtiniana, la deconstrucción no contraviene la unidad. Caro lo entiende en estos términos:

La diseminación deconstructiva no es contraria a la unidad del Logos. Al revés, torna indecibles los fascismos encontrados que la dividen en su pugna por decidir la significación hacia un solo sentido estimado como pertinente. La impertinencia de la deconstrucción como heterografía será considerada por algunos como un atentado contra el saber, cuando efectivamente sólo es diferente a los totalitarismos que excluyen aquello que los hace peligrar (337).

Estas conquistas no están exentas de polémica y discusión entre las feministas de las distintas olas y derivas, necesarias todas ellas para el avance de los estudios de la mujer. Esos foros académicos han hecho posible pensar la literatura en otras claves y especialmente reclamar un lugar en ella. No cabe pensar, por otra parte, que el ostracismo al que se han visto obligadas las mujeres es resultado de una efectiva falta de crédito de su valía, sino más bien que el cuestionamiento de las capacidades y talento pueda obedecer a una pugna histórica por la hegemonía en la que el punto de partida de las mujeres era evidentemente inferior, confinadas al universo fáctico



de los cuidados domésticos no retribuidos y a la crianza. Y a ese universo doméstico se podía limitar el quehacer literario a la sombra, pero jamás como un medio de vida económicamente autónoma. Nancy Armstrong planteaba, respecto de la dimensión política de la literatura, que la novela victoriana había transformado el espacio del hogar en un instrumento de clasificación en grupos sociales, especialmente tras la aparición de novelas a finales del siglo XIX que inspiraban la teoría del poder:

La preponderancia de la ficción doméstica indica hasta qué punto el poder no se basaba tanto en medios abiertamente jurídicos o económicos cuanto en la hegemonía cultural, es decir, en el concepto de la familia, en las normas de conducta sexual, el uso cortés del lenguaje, la regulación del tiempo de ocio y todas aquellas microtécnicas que constituyen el sujeto moderno. La mujer monstruosa se hace inteligible dentro de la historia de este sujeto mientras marca un lugar donde la resistencia política adquiriría género y se neutralizaba (238).

Numerosos estudios rescatan el papel y los roles de la mujer en los textos escritos por hombres: mujeres burladas, enamoradas, seducidas, tiranizadas, abandonadas. También rescatan los discursos de sororidad y solidaridad entre las mujeres, sobre el papel del matrimonio, sobre la influencia de la ortodoxia religiosa, la búsqueda de las identidades y de la virtud. Hay estudios consagrados a la maternidad, al cuerpo, al orden del sexo (etiquetas como «segundo sexo», «bello sexo»). Pilar Pérez Cantó ofrece un trabajo de compilación tan encomiable como enjundioso al rescate de figuras como sor Juana Teresa de Ávila o María Zayas, la escritura de la soledad de Teresa de Cartagena, etc., que inspiran la indagación y análisis en torno a los enfoques de la percepción de la propia creación y discursivas en torno a si existe una literatura femenina. También deja entrever los límites que se les han puesto a las mujeres en la aceptación de su autoridad literaria, por qué y cuáles son los juegos de verdad de los criterios.

A este respecto, la evidencia es la de una teoría crítica feminista de tradición estadounidense y europea (inglesa y eminentemente francesa). Si se retoman las nóminas referenciales de Harold Bloom, el referente occidental es manifiesto y en el caso de las autoras, son norteamericanas (estadounidenses y canadienses) o británicas. La crítica feminista ha rescatado la historia de la subversión blanca y burguesa. La cuestión es, pues, si tiene todo sentido la deconstrucción sin decolonización, en aras de una auténtica liberación de las voces de los amos; el feminismo se topa aquí con otra cuestión fundamental: su vínculo con la bioética. Nuestra propia escritura contiene estos sesgos, pero muestra, al menos, voluntad de fuga.

1. DECOLONIZACIÓN, CIUDADANÍA Y PROXIMIDAD

y Because I, a mestiza,
continually walk out of one culture
and into another,
because I am in all cultures at the same time,
alma entre dos mundos, tres, cuatro,

me zumba la cabeza con lo contradictorio.
Estoy norteadada por todas las voces que me hablan
simultáneamente (Anzaldúa 99).

Si la historia del olvido es una historia inacabada, lo es especialmente allí donde las narrativas de la emancipación claman aún la ciudadanía misma. ¿Cómo puede «innovarse» el lenguaje para que la voz del oprimido hable en su propia lengua? ¿Es posible tal reto? De serlo, las condiciones para ello no son las mismas. Es cierto que el sujeto femenino y el poscolonial parten de una situación marginal común. El sujeto colonizador patriarcal y eurocéntrico ha construido una relación de otredad periférica: el otro y la otra orbitando el centro. Las prácticas represivas y opresivas hegemónicas han sido históricamente excluyentes. La dificultad para abordar esa resistencia compartida es que opresor y oprimido hablan el mismo lenguaje opresor. Bringas lo expresa en estos términos:

Paradójicamente, sin embargo, y aunque tanto el poscolonialismo como el feminismo tratan de subvertir y deconstruir las estructuras binarias sobre las que descansa el discurso hegemónico (binomios como centro/márgenes, civilizado/salvaje, actividad/pasividad, razón/sentimiento, cultura/instinto, etc.), ambos discursos deben afrontar el riesgo de reproducir las mismas dicotomías que rechazan y de caer en un cierto esencialismo muy peligroso (145).

Plantea esta autora, además, la paradoja de la ambivalencia de algunas mujeres de las sociedades colonizadoras, que son al mismo tiempo víctimas y opresoras, hecho que responde a que «si bien el género como constructo cultural es un concepto aplicable a todas las sociedades conocidas, las diferencias culturales dan lugar a distintos grados de opresión y a muy diversas manifestaciones del poder patriarcal» (144).

El discurso ginocéntrico está atravesado por la paradoja y los parámetros con que se busca reescribir los cánones se siguen expresando en clave heredada. La literatura marginal que busca su expresión desde la singularidad y la realidad que corresponden a su cultura es enjuiciada y expulsada del reino de la idoneidad, la influencia y la historia. Piñero no cuestiona que la lucha por ser leídas y contempladas por el canon entre las escritoras norteamericanas y europeas haya sido fácil, pero considera, como es evidente, que el colectivo de mujeres de color ha sido doblemente discriminado (Piñero 399). Si a ello sumamos condiciones económicas, anatómicas y sociales precarias, la marginalidad deviene triple. La legitimidad discursiva y la calidad obedecen al manejo de un código cuya transgresión excluye:

Esta literatura de los márgenes sociales ha sido denigrada, olvidada y rechazada por su carácter político, de protesta social o de literatura minoritaria. En otros casos su carácter reivindicativo ha servido para que se criticara su supuesta falta de calidad literaria o de que no trascendiera los límites de las cuestiones raciales, sexuales o de clase (Piñero 399-400).

Queda patente, pues, que un principio pedagógico fundamental es partir de la diferencia entre obediencia y conciencia. Y aunque obvio, encierra buena parte



de los fracasos educativos. Olympia de Gouges vio negados sus derechos y alcanzó tal conciencia ciudadana que no hubo condicionantes históricos que detuvieran su poderoso autoconcepto. Del mismo modo que puede darse un grado de inconciencia en tiempos donde los derechos están constituidos. La gran tarea pedagógica, la que constituye en sí la mayor de las utopías, radicaría en la constitución de conciencias tales en las que la configuración semántica del deseo se constituya de tal modo que pueda engendrar conciencia crítica, comprometida y lúcida en la búsqueda de las dignidades propias y ajenas. Un deseo en que tal posibilidad no devenga un conflicto insalvable con el tiempo que nos toca, un propósito inviable. Innovar, en este sentido, es concienciar.

Para la lucha feminista, el relativismo causa numerosos estragos, pero el universalismo es, por otra parte, un germen de exclusión. La construcción de cuerpos sociales decolonizados requiere un ejercicio de reescritura literaria por parte de las mujeres, que no solo incluya a las marginales, sino que sea coprotagonizado. La transformación de las políticas del cuerpo que se ha venido reclamando requiere lectoras y escritoras que narren la experiencia de sí, de nos, para un cuidado común. Con respecto al cuerpo, la subjetivación colectiva del feminismo ha incorporado dimensiones como la emoción o el deseo; también los posesivos y el plural: nuestras emociones, nuestros deseos, nuestros cuerpos, nuestra relación con estos y nuestra lucha común por preservarlos.

Las conquistas son evidentes, pero no tanto su alcance si quedan atrapadas entre las librerías universitarias como cuerpo teórico de una relativamente nueva disciplina. La investigación debe revertir en proyectos de innovación epistemológica que posibiliten redimensionar y atravesar curricularmente aulas y espacios públicos y mediáticos culturales. Por otra parte, cabe preguntarse acerca de los efectos que su institucionalización pueda tener. Hay razones sociales más que suficientes para afirmar que hay movimientos o clamores populares (engendrados por el populismo) neomisóginos que vociferan contra mujeres a quienes despectiva y odiosamente se refieren como *feminazis*, que pretenden minar conquistas seculares e impulsar la versión de neopuritanismos con posibilidades narrativas intrafamiliares a la vera de nuevos manuales de instrucción femenina.

La pedagogía ha de asumir su función política y contribuir a la legitimación de unos estudios de género denostados muchas veces por la propia institución. La historiografía de las mujeres conforma parte de una disciplina consagrada al más noble de los propósitos pedagógicos: devolver y dar dignidad a los seres humanos, como se ha indicado.

Por otra parte, y retomando de nuevo a Briones, confirmadas esas similitudes entre sujeto femenino y colonial, sin embargo y pese a su común lucha contra el binarismo de las estructuras hegemónicas, el discurso poscolonial ha ignorado a los estudios de género y abogado en sexismo. Los paralelismos, sin embargo, permiten esbozar un conjunto de premisas con que servir un debate político, literario y, en última instancia, pedagógico.

La literatura feminista expone muestras de solidaridad cerrada, en el seno de narrativas de espacialidad doméstica y apego al terruño, contraria a las canónicas, a veces menospreciadas por los temas y abordajes o por aspirar a desplazar lugares



comunes propios del deber ser de la Literatura con mayúscula. Tras ese telón cabe todo excepto el silencio, permanece la voluntad de contar, de vociferar (la oralidad fue primero), voluntad de la que dependerá el contenido y la forma con que las mujeres se narren a sí mismas, nos narremos a nosotras mismas. Hay tantas narrativas como voces. La gramática es convenida y, en efecto, hay estructuras correctas e incorrectas con respecto al convenio, ahora bien, todo convenio es un pacto que en diacronía ve crecer detractores y reclamos. La literatura es más que texto especialmente cuando el tejido heredado excluye a las mujeres del proceso. En este sentido, cabe señalar, como plantea Brianes, que

Seguir pensando en términos de oposición binaria, aunque ahora se invierta desde el feminismo la valoración que se ha puesto en cada uno de los pares contrarios, significa, para las feministas deconstructivas y lacanianas, sólo reduplicar el sistema inicial. Se pretende, desde estos presupuestos, exponer y dismantelar una epistemología basada en la construcción de un sujeto soberano —el hombre— que se erige como parte en la creación de las oposiciones jerárquicas que privilegian y refuerzan su posición (31).

2. PEDAGOGÍAS DE DIGNIDAD, POLÍTICAS DE FRATERNIDAD. BREVES APUNTES SOBRE BIOÉTICA

Cuanto más se sea consciente de la separación y la diferencia en otras personas, y del hecho de que otro ser humano tiene necesidades y deseos tan exigentes como los que uno tiene, más difícil será tratar a una persona como una cosa (I. Murdoch, en López 83).

La pedagogía no puede ser un canto al sufrimiento, pero tampoco a la amnesia. Regular la emoción no ha de significar su negación. No hay conciencia donde se viola la dignidad; a la conciencia se llega desde la emoción, pero también desde el conocimiento. Si se puede, como se sabe que se puede, educar las emociones y que es posible alcanzar la necesaria estabilidad emocional, no solo para mejorar la convivencia, sino como proceso para el propio bienestar personal, no deja de ser cierto que en el ejercicio de tal regulación existe el riesgo de alcanzar una indolencia tal que suponga un opaco velo ante el entorno. Ver la vida como espectadores indolentes o como actantes heridos, aquí una cuestión para el debate.

Entender el valor de la literatura va mucho más allá de admirar un estilo, un despliegue retórico de tropos y figuras. No las niega, evidentemente, pero ha de contar. El libro *Bioética y Literatura*, de María Teresa López de la Vieja, viene a plantearnos una reflexión sobre lo que vincula la bioética y la narración, y, a juicio de la autora, la literatura contribuye al entendimiento del dolor, de los juegos de parcialidad, de empatía. Hace posible la resolución de casos. Abre un cajón de sastre literario donde cabe todo un universo bioético: deliberación de malas noticias, beneficencia, justicia, responsabilidad, el buen cuidado de las esferas pública y privada, debates sobre los buenos y malos cuidados, análisis de derechos y deberes, de derechos y género, medicina, agendas pendientes como el derecho de los animales,



obligaciones hacia los no humanos y deberes de los humanos, la protección de los animales, hasta la e-Ética.

Retoma las objeciones de I. Murdoch, quien lamentaba que la filosofía se hubiese aparatado de la realidad relegando esa función vacía a la literatura (López 220). El vínculo entre esta y la ciencia ofrece un repositorio temático y hermenéutico en el camino del autoconocimiento con valor incalculable.

La investigadora ofrece tres argumentos con que explica los vínculos entre la literatura y la bioética: el valor cognitivo de lo literario (el uso de relatos, analogía y ficciones hacen posible un mejor entendimiento del dolor y otras experiencias), el uso reflexivo de lo literario (no únicamente la ficción, sino también el análisis de casos) y el uso crítico de las ficciones y de lo hipotético, relacionado con la deliberación. En este último caso, el velo de la escritura permite poner cierta distancia, por su dureza, entre los hechos y el análisis de estos (López 221).

Con respecto a uso reflexivo, plantea López que

No es que la literatura no contenga ejemplos –son abundantes y muy expresivos– sobre la muerte digna, la interrupción voluntaria del embarazo, la investigación con humanos, la mejora de la especie, etcétera, sino porque temas menos «clásicos» son, cada vez más, objeto de deliberación (220).

Esos estudios de casos suponen, pues, una apertura literaria, ya que, si bien han estado desde siempre, dando cuenta de incursiones temáticas en materia de bioética, estas no constituyen su epicentro creativo. Y si lo han sido, no desde una perspectiva de género. Evidentemente, las fuentes testimoniales y narraciones de diagnósticos, los viajes al centro de la locura y el dolor, las crónicas del acompañamiento, los encuentros y desencuentros con la demencia, las descripciones sobre los condicionantes de la insalubridad, entre otros, suponen no solo una fuente literaria de creación, sino fundamentalmente un arroyo en la conformación de una conciencia real de la realidad.

Por más que la tecnociencia predique el final de la angustia y la enfermedad, ni la inmoralidad está a las puertas del porvenir, como tampoco la salud universal. Mientras el mantra presentista dicta la salvación «respira aquí y ahora», relegan al futuro, como toda religión, la eternidad. La educación no puede dar la espalda a lo que es. El deseo de que el panorama sea ideal no lo convierte en tal. Enfermedad cotidiana y enfermedades derivadas de la guerra: traumas emocionales bélicos y postbélicos, campos de concentración, inanición, mutilaciones, superación. Los algodones con los que parece acolchonarse la realidad son reducto de una ficción existente tras las pantallas.

Por otra parte, el advenimiento de la clínica, concepto foucaultiano, y el cuestionamiento de los límites de la sexualidad también sobrepasan los límites de la literatura, pero suponen asimismo un profundo pozo temático que cumple al mismo tiempo las funciones emotiva y poética.

La reescritura, siempre a partir de las contingencias, precisa un cambio paradigmático que abra la puerta tanto a nuevas voces como a su legitimidad. La pedagogía y la literatura han de acompañarse en un compromiso común con lecturas de

divergencia que posibiliten escrituras de resistencia. Generar lectores y lectoras es un reto, pero el auténtico desafío es que esos lectores y lectoras suscriban un pacto social de género. Un compromiso social inspirado en lecturas que no devengan monólogos. De lo contrario, habrá lectores y lectoras, pero no comunidad. La idea de una inteligencia colectiva precisa de un ejercicio lectoescritor que anuncie el fin de los mitos exterminadores de la mujer que han sustentado buena parte del imaginario legado. Tras la marginalidad está lo que Foucault llamara «el problema de la verdad económica y veridicción del mercado» (60). Y la verdad ha pertenecido a los patriarcas. Si la innovación basa su fundamentación pragmática en el desarrollo incesante de las tecnologías, tiene altas probabilidades de no servir más que a intereses de mercado. En cambio, las voluntades habrían de aunarse para el verdadero cambio que se requiere.

Encontrar la grieta parte siempre de una visión capaz de la crítica y de la posibilidad. La indeterminación curricular de las leyes educativas cierra una puerta al análisis de muchos clásicos, pero también la abre a la posibilidad de nuevas voces que están en el planeta, y no siempre en las aulas. Voces no solo de inclusión, sino de promoción y estímulo hacia la normalización de la lectura de los textos orillados.

Feminismos descompasados, de resistencia, pero también de redimensionamiento del papel que se quiere, de reinención de la ciudadanía hasta donde las propias condiciones alcancen a operar. Es decir, asistimos a un tiempo en el que cabe esperar la posibilidad de la creación colectiva de una biblioteca de Babel que nos coloque en el camino de los nuevos desafíos: qué autopercepción al amparo de las nuevas tendencias como la cibersexualidad, el culto al cuerpo, la pornografía, el *grooming*, el *sexting* y toda suerte de *e-ings* vinculables, que promocionan y otorgan nuevos valores de mercado a las lágrimas por desamor de *celebrities* e *influencers*, frente al nulo valor mediático de las invisibles. *¿Qué hacer cuando la pequeña parte está mucho más visibilizada que la gran parte? ¿Cómo leer mitos y estereotipos del mercado?* Se ha venido derivando el debate a la emergencia de nuevos tipos de textos y de nuevas formas de leer. Pero de nuevo es preciso recalcar que son tecnologías. De la misma manera, hablar de innovación en materia literaria no es sinónimo de didáctica de la literatura; urge una literatura social para tiempos de indiferencia e impasibilidad que tenga en cuenta que la experiencia literaria no es exactamente el estudio literario. La tradición ha puesto el acento en el hábito, pero cada vez se lee más.

Innovar supone plantear un enfoque eco y ginocrítico de la literatura que transgreda los límites impuestos por una tradición marcada por el canon masculino, dotar de validez a las propuestas didácticas que trasciendan los márgenes canónicos de lo políticamente correcto, hoy en día, entretener. Especialmente cuando lo correcto implica una desviación de la mirada a la realidad del mundo. Se ha generado un espacio nuevo, el espacio de la burbuja: no puede afirmarse que un adicto o adicta a las redes no habite la realidad, pero supone igualmente un enigma lo contrario. La ecocrítica es acaso el enfoque pertinente para abordar una educación que motive un aprendizaje que esté más allá o fuera de una burbuja digital, que pueda ser ajena y crítica respecto de las amenazas del patrimonio natural y que propicie, en última instancia, el encuentro con la naturaleza.



Innovar es desvelar, reenfocar, renovar la presencia de quienes, estando en el mundo, viven como personajes distópicos. Esta visión de la innovación nos remite indefectiblemente a las grandes silenciadas de nuestro tiempo, las trabajadoras del mundo, las olvidadas voceras de los ecofeminismos. Los ecofeminismos provienen en muchos casos, de relectura, discusiones y prácticas a partir de los movimientos ecologistas y feministas para la conformación de un paradigma crítico que sepa ver las grietas del legado y pueda construir sobre ellas otro modelo mundo.

La posmodernidad fragmentada ha puesto en entredicho el dogma que situaba a la naturaleza en un lugar pasivo, como una suerte de arcilla modelable con razón y ciencia. Y no es el avance científico y tecnológico lo que cuestionan los movimientos ecofeministas, sino la relación que el patriarcado (que atraviesa, como parece evidente, a la tecnociencia hecha por hombres) mantiene con el medio. Esto se traduce en una propuesta que transforme el «paradigma del poder» y sus jerarquías androcéntricas y dualistas. La literatura hace posible la pregunta acerca de si es lo mismo ser mujer en todas partes del mundo y cuál es nuestro papel en la preservación del planeta.

El ecofeminismo estudia la relación que existe entre la destrucción de la naturaleza y la discriminación de las mujeres, en cuya «elaboración filosófica, ocupa un lugar central la crítica al dualismo jerarquizado cultura/naturaleza y a otros dualismos conectados con este: hombre/mujer, mente/cuerpo, razón/emotividad, civilizado/primitivo, humano/animal» (Tapia 9). Esta analogía ofrece un enfoque mujer-ecosistema que constituye materia literaria. Los vínculos entre la ecología y la literatura no son nuevos, pero sí el enfoque con que se lee.

Uno de los grandes desafíos pedagógicos de nuestro tiempo es entender que la realidad fragmentada es en realidad común, y que no ver el fragmento del mapa, la parte del puzzle que escapa a nuestro mundo conocido, invisibilizarlo, no significa su inexistencia. Seguimos urgidos de una episteme de sensibilización académica y simbólica que abra la mirada a los ODS 2030. En cambio nada de esto es viral, porque no se viraliza más que lo anecdótico. Visibilizar y viralizar es, en este sentido, innovar.

RECIBIDO: 24-2-2023; ACEPTADO: 10-7-2023



REFERENCIAS

- ANZALDÚA, Gloria. *Borderlands. La frontera*. San Francisco: Aunt Lute Books, 1999.
- AMSTRONG, Nancy. *Deseo y ficción doméstica. Una historia política de la novela*. Valencia: Cátedra, 1991.
- ARCHER, Robert. *Misoginia y defensa de las mujeres. Antología de textos medievales*. Valencia: Cátedra, 2001.
- BLOOM, Harold. *Anatomía de la influencia. La literatura como modo de vida*. Madrid: Taurus, 2011.
- BLOOM, Harold. *Ensayistas y profetas. El canon del ensayo*. Madrid: Páginas de espuma, 2010.
- BRINGAS LÓPEZ, Ana María. «Colonialismo y patriarcado en la literatura de autoras anglófonas de África y el Caribe», en Suárez Briones, Beatriz, Martín Lucas, M.^a Belén; y Fariña Busto, M.^a José (eds.), *Escribir en femenino. Poéticas y políticas*. Barcelona: Icaria, 2000, pp. 142-161.
- CARO VALVERDE, M.^a Teresa. *La escritura del otro*. Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1999.
- DE LAURETIS, Teresa. *Alicia ya no. Feminismo, semiótica, cine*. Madrid: Cátedra, 1992.
- DE MIGUEL, Ana. *El mito de la libre elección*. Madrid: Cátedra, 2016.
- DECLARACIÓN de los derechos de la mujer y de la ciudadana. (<https://feministasconstitucional.org/portfolio-items/sobre-la-declaracion-de-los-derechos-de-la-mujer-y-de-la-ciudadana/>).
- FARIÑA BUSTO, M.^a José. «Feminismo y Literatura. Acerca del canon y otras reflexiones». *Revista De Escritoras Ibéricas*, 4, (2017), pp. 9-41 (<https://doi.org/10.5944/rei.vol.4.2016.17479>).
- FE, Marina (coord.). *Otramente: lectura y escritura feministas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- LEGRÁS, Horacio. «Texto», en Szurmuk, Mónica; y Mckee Irwin, Robert (eds.), *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. México: Siglo XXI Editores, 2009, pp. 270-276.
- LONZI, Carla. *Escupamos sobre Hegel y otros escritos*. Madrid: Traficantes de sueños, 2018 [1970].
- LÓPEZ DE LA VIEJA, M.^a Teresa. *Bioética y literatura*. Madrid: Plaza y Valdés, 2013.
- PÉREZ CANTÓ, Pilar y POSTIGO CASTELLANOS, Elena (eds.). *Autoras y protagonistas. Primer encuentro entre el Instituto Universitario de Estudios de la Mujer y la New York University en Madrid*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2000.
- PÉREZ CANTÓ, Pilar. «¿Mujeres o ciudadanas?», en Pérez Cantó, Pilar; y Postigo Castellanos, Elena (eds.). *Autoras y protagonistas. Primer encuentro entre el Instituto Universitario de Estudios de la Mujer y la New York University en Madrid*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2000, pp. 193-218.
- PÉREZ CORTÉS, Sergio. *Palabras de filósofos. Oralidad, escritura y memoria en la filosofía antigua*. Ciudad de México: Siglo XXI, 2004.
- PIÑERO GIL, Eulalia. «Género y comunidad en el debate multicultural», en Pérez Cantó, Pilar; y Postigo Castellanos, Elena (eds.), *Autoras y protagonistas. Primer encuentro entre el Instituto Universitario de Estudios de la Mujer y la New York University en Madrid*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2000, pp. 397-414.
- SELLERS Susan. «Learning to Read the Feminine», en Wilcox, Helen *et al.* (eds.). *The body and the text, Hélène Cixous, Reading and teaching*. New York: St. Martin Press, 1990, pp. 190-195.



- SHOWALTER, Elaine. «La crítica feminista en el desierto», en Fe, Marina (coord.), *Otramente: lectura y escritura feministas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 75-111.
- SUÁREZ BRIONES, Beatriz; MARTÍN LUCAS, M.^a Belén y FARIÑA BUSTO, M.^a Jesús (eds.). *Escribir en femenino. Poéticas y políticas*. Barcelona: Icaria, 2000.
- SUÁREZ BRIONES, Beatriz. «La segunda ola feminista: Teoría y críticas literarias feministas», en Suárez Briones, Beatriz, Martín Lucas, M.^a Belén y Fariña Busto, M.^a Jesús (eds.). *Escribir en femenino. Poéticas y políticas*. Barcelona: Icaria, 2000, pp. 25-38.
- TAPIA GONZÁLEZ, Aimé. *Mujeres indígenas en defensa de la tierra*. Valencia: Calatrava PUV, 2018.
- WILCOX, Helen *et al.* (eds.). *The Body and theText. Hélène Cixous, Reading and Teaching*. New York: St. Martin Press, 1990.

